

Antonio Gramsci

Escritos Antología

Selección, introducción y notas
de César Rendueles



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Traducción de Manuel Sacristán y César Rendueles

Primera edición: 2017
Cuarta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

- © de la selección, traducción, introducción y notas: César Rendueles, 2017
- © de la traducción: herederos de Manuel Sacristán Luzón, 2017
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-710-0
Depósito legal: M. 4.164-2017
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Introducción, por César Rendueles
- 13 De Cerdeña a Turín
- 15 El *biennio rosso*
- 18 De Moscú a la cárcel
- 21 Idealismo y bloque histórico
- 24 Ideología, hegemonía y sociedad civil
- 26 Indicaciones bibliográficas
- 28 Esta antología

I. Artículos (1916-1926)

- 33 1. El socialismo como proyecto ilustrado
- 36 «Socialismo y cultura»
- 42 «Odio a los indiferentes»
- 45 «Tres principios, tres órdenes»
- 54 «El ocaso de un mito»
- 58 2. La revolución y la reformulación
del materialismo histórico
- 60 «La revolución contra *El capital*»
- 66 «Nuestro Marx»
- 72 «Utopía»
- 84 3. El bienio rojo: consejismo y democracia obrera
- 87 «Democracia obrera»
- 93 «Obreros y campesinos»
- 100 «El consejo de fábrica»
- 108 «Los grupos comunistas»
- 114 «El partido comunista»

- 131 4. El ascenso del fascismo y las tareas
del partido comunista
135 «La crisis de las clases medias»
142 «La situación italiana y las tareas del PCdI»
(«Tesis de Lyon»)
173 «Algunos temas de la cuestión meridional»

II. *Cuadernos de la cárcel* (1929-1935)

- 195 5. Hacia una teoría de la historia:
superestructura, bloque histórico y hegemonía
198 «Economía e ideología»
201 [Estructura y hegemonía]
202 [Estructura y bloque histórico]
203 «Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerzas»
218 «Algunos aspectos teóricos y prácticos del
“economicismo”»
233 «Concepto de “ideología”»
236 6. El partido y la guerra de posición en el campo
político
238 [Guerra de posición y guerra de maniobra]
243 [Guerra de posición y guerra de maniobra
en Trotsky y Lenin]
246 «Paso de la guerra de movimiento (y del ataque frontal)
a la guerra de posición también en el campo político»
248 «Oleada de materialismo y crisis de autoridad»
249 «Estatolatría»
251 «Cuestión del “hombre colectivo”
o del “conformismo social”»
253 [Estado gendarme]
255 [El partido político como príncipe moderno]
256 [Maquiavelo y el moderno príncipe]

265	«Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios metódicos»
269	7. Sentido común, intelectuales y cultura democrática
272	[Notas para una introducción y una aproximación al estudio de la filosofía y la historia de la cultura]
300	[La formación de los intelectuales]
313	«El número y la cualidad en los regímenes representativos»
316	«Algunos problemas para el estudio del desarrollo de la filosofía de la praxis»
329	«Arte y lucha por una nueva civilización»
334	8. Crisis, reacción y revolución pasiva
336	«Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en los periodos de crisis orgánica»
339	«Espontaneidad y dirección consciente
345	«El problema de la dirección política en la formación y el desarrollo de la nación y del Estado moderno en Italia»
364	«El cesarismo»
370	9. Americanismo, mecanización y fordismo
372	«El hombre individuo y el hombre masa»
376	«Racionalización de la producción y del trabajo»
384	«Taylorismo y mecanización del trabajador»
389	Glosario
403	Índice analítico

Introducción

El fracaso tiene un alto prestigio entre la izquierda política: la imagen del Che Guevara que todo el mundo recuerda es la del guerrillero ejecutado por el ejército boliviano y la CIA, no la del ministro de Industria cubano.

En un primer momento, nos podría parecer que Antonio Gramsci (1891-1937) encaja en ese arquetipo melancólico de derrotado político noble y simpático. Al menos en los últimos cuarenta años, su legado ha sido insistentemente reivindicado por movimientos comprometidos con el cambio social y críticos con las organizaciones políticas tradicionales pero sin expectativas reales de acceder a posiciones de poder. También se ha producido una intensa recepción académica del utillaje conceptual gramsciano desde el campo de los estudios culturales y el análisis del discurso. Nada de ello es ilegítimo, ni mucho menos, pero la obra de Gramsci es incomprensible si se olvida que no solo fue un teórico marxista original y he-

terodoxo sino también el líder de un partido comunista que aspiraba a convertir Italia en una república soviética. Las ideas relacionadas con la disciplina política, el orden y la organización son una constante desde sus escritos de juventud hasta sus últimos cuadernos de notas. Es verdad que su vida estuvo marcada por la pobreza, la enfermedad, la persecución y el sufrimiento. Pero no lo es menos que nunca, ni siquiera en sus horas más oscuras, encarcelado por el régimen fascista, se abandonó a la estética de la derrota.

Gramsci fue uno de los intelectuales más brillantes de su generación –como reconocieron incluso sus enemigos políticos más encarnizados– y uno de los científicos sociales más influyentes del siglo XX, pero no llegó a publicar ni un solo ensayo o artículo académico. Sus escritos son colaboraciones en la prensa militante, documentos internos relacionados con su actividad política y apuntes privados y cartas que no fueron pensados para su publicación. Además, toda su producción intelectual, casi sin excepción, se compone de análisis históricos específicos, a menudo relacionados más o menos inmediatamente con la intervención práctica.

Todo esto ha hecho que Gramsci se haya convertido en el teórico marxista de los historiadores, como Walter Benjamin es el de los filósofos. Promovió un desplazamiento dentro del marxismo desde las grandes tesis especulativas a la interpretación histórica concreta. Y por eso, aunque Gramsci es ya un clásico que forma parte del bagaje compartido de las ciencias sociales, la interpretación de su obra nunca resulta tan fructífera como cuando opciones políticas cercanas a la tradición emancipatoria

actualizan y extienden el sentido de nociones como hegemonía, guerra de posiciones o revolución pasiva.

De Cerdeña a Turín

Gramsci nació en la isla de Cerdeña, en un pueblo llamado Ales, en 1891, es decir, apenas treinta años después de la conclusión del largo proceso de unificación italiana, conocido como *Risorgimento*, que se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX a través de tres guerras de independencia. Hasta entonces, Italia no existía como tal, era un conglomerado de provincias gobernadas por dinastías consideradas extranjeras. Era un país eminentemente rural y económicamente atrasado, salvo en algunas zonas del Norte donde se desarrolló un tejido industrial vigoroso pero limitado. El proceso de unificación estuvo protagonizado por miembros de la burguesía que se agruparon o bien en el Partido Moderado, de corte conservador y liderado por Camilo Cavour, o bien en el más progresista Partido de Acción, dirigido por Giuseppe Mazzini y Giuseppe Garibaldi. Tras el proceso de unificación, la vida política italiana experimentó un proceso de convergencia en posiciones consensuales centradas en preservar los privilegios de las clases dominantes y no se llegó a desarrollar una genuina oposición o alternancia política. Esta situación, conocida como «transformismo» (los diputados de un partido «transformaban» sus puntos de vista cuando les convenía), se prolongó hasta bien entrado el siglo XX.

Gramsci fue el cuarto de siete hermanos. Su padre era un funcionario de bajo rango de una oficina de registro

rural, relativamente acomodado para los bajos estándares de vida de la Cerdeña campesina. No obstante, la infancia de Gramsci estuvo muy marcada por dos acontecimientos trágicos. A los tres años, comenzó a padecer un problema espinal, probablemente una tuberculosis osteoarticular, que impidió su crecimiento normal, le dejó jorobado y le condenó a una pésima salud hasta su muerte. En segundo lugar, en 1900 su padre fue condenado a cinco años de cárcel acusado de una irregularidad administrativa, lo que arrojó a la familia Gramsci a la pobreza e hizo que Antonio se viera obligado a dejar la escuela para empezar a trabajar. En esa época se produce su primer contacto con el movimiento obrero: su hermano mayor, Gennaro, que estaba haciendo el servicio militar, le enviaba ejemplares de *Avanti!*, el periódico del Partito Socialista Italiano (PSI), que informaba de las primeras movilizaciones del sindicalismo sardo y de la durísima represión que sufría.

Cuando su padre salió de la cárcel, la situación familiar mejoró lo suficiente como para que Gramsci retomara sus estudios. En 1908, con diecisiete años, se mudó a Cagliari, la capital de Cerdeña, para asistir a un liceo (el equivalente aproximado del instituto de secundaria). Vivía con su hermano Gennaro en condiciones económicas muy precarias. En el liceo entabló amistad con uno de sus profesores, que era editor de un periódico nacionalista sardo en el que publicó sus primeros artículos. Así conoció los estudios meridionalistas, muy habituales en aquellos años, sobre la situación de atraso del Sur de Italia y su relación de dependencia de las regiones más ricas del país. Además, Gennaro empezó a militar en el PSI, y eso puso a Anto-

nio en contacto con otros socialistas. Finalmente, logró superar con éxito sus exámenes y obtuvo una beca para estudiantes sin recursos en la Universidad de Turín, donde comenzó la carrera de Filología Moderna en 1911.

El *biennio rosso*

A principios del siglo xx Turín era uno de los grandes centros industriales italianos y uno de los principales núcleos de agitación política y sindical. Además, a finales del siglo anterior, llegó a ser la sede de la escuela positivista italiana, un vigoroso e influyente cóctel de elitismo político, darwinismo social y economía liberal: allí se fundó en 1893 el Laboratorio de Economía Política, que dirigieron Gaetano Mosca y Achille Loria, y allí Cesare Lombroso inauguró un museo de antropología criminal en 1898. Gramsci solo cursó estudios universitarios en Turín hasta 1915, cuando la enfermedad y las dificultades económicas le llevaron a abandonarlos, pero el poso que dejaron en su pensamiento fue duradero. Participó de la reacción crítica al positivismo que cobraba fuerza en esos años: por un lado, a través de los estudios lingüísticos, que influyeron mucho en su aproximación a los fenómenos culturales y, por otro, a través de la filosofía neohegeliana.

En efecto, aunque en la Universidad de Turín Gramsci estudió en profundidad a una constelación de autores que definieron su universo intelectual –básicamente, Maquiavelo, Marx, Antonio Labriola, Francesco De Sanctis, Giovanni Gentile y Georges Sorel–, la referencia clave es el

idealista Benedetto Croce. En aquellos años y en Italia, hegelianismo era sinónimo de liberalismo de izquierdas, que seguramente es la posición ideológica que mejor define al joven Gramsci al menos hasta 1917. Llegó al socialismo desde una crítica modernizadora pero no positivista a las corrientes antiilustradas del catolicismo reaccionario, y esa herencia lo acompañó el resto de su vida. Para Gramsci el comunismo es una prolongación de los ideales de modernización, prosperidad, reforma moral y respeto a la libertad individual de cuyo impulso histórico la burguesía ya no es capaz de hacerse cargo.

La universidad también fue muy relevante políticamente para Gramsci. Allí entabló amistad con Angelo Tasca y con el también sardo Palmiro Togliatti, que le introdujeron en los círculos locales de activistas de izquierdas hasta que, en 1914, se afilió al PSI. Cuando abandonó los estudios se involucró profundamente en la militancia y empezó a trabajar a tiempo completo en periódicos socialistas como *Il Grido del Popolo* y *Avanti!* Fue un periodo de escritura febril durante el cual Gramsci publicaba artículos a diario, muchas veces sin firmar, sobre un amplio abanico de temas.

La segunda década del siglo XX estuvo marcada por dos acontecimientos históricos cruciales e íntimamente relacionados: la Primera Guerra Mundial de 1914-1918 y la Revolución rusa de 1917. Es difícil exagerar el impacto que tuvo la Gran Guerra en la sociedad europea. El conflicto difundió la sensación de un fracaso civilizatorio global. También alteró las expectativas de la izquierda política, al cuestionar la idea de que el triunfo proletario se produciría como resultado de una crisis

económica en los países más industrializados. En cambio, el enfrentamiento bélico hizo saltar por los aires la legitimidad del orden burgués y produjo una crisis política sin precedentes que abrió una ventana de oportunidad inesperada para el cambio social. Pero el único proceso revolucionario exitoso se produjo en Rusia, un país semifeudal, mucho más parecido a Italia o a España que a la superindustrializada Inglaterra.

Ese es el contexto internacional en el que, en 1919, Gramsci funda con otros compañeros un nuevo periódico llamado *L'Ordine Nuovo* («El Nuevo Orden»). En Italia la posguerra fue un periodo de intensa conflictividad social tanto en las zonas rurales como en los núcleos industriales de Milán, Génova y Turín. Entre 1919 y 1920, el denominado *biennio rosso*, se produjeron una amplia serie de movilizaciones campesinas, huelgas y ocupaciones de fábricas. Gramsci y los nuevordinistas plantearon que era el momento adecuado para desarrollar una réplica italiana de la estrategia soviética, tomando como punto de partida las asambleas de trabajadores que se estaban formando en las fábricas de Turín. Creyeron que esos «consejos de fábrica» podían ser la semilla de una nueva forma de autogobierno proletario enraizado en el entorno productivo y alentaron la ocupación y autogestión de las fábricas por los obreros. Ni el PSI ni el sindicato mayoritario apoyaron la movilización de los consejos de fábrica turineses que, por otro lado, no logró expandirse a otras ciudades industriales ni mucho menos al campo. Gramsci y sus compañeros optaron entonces por romper con el PSI en el Congreso de Livorno de 1921 para formar el Partito Comunista d'Italia (PCdI).

De Moscú a la cárcel

El PCdI defraudó las expectativas de sus fundadores, pues ni de lejos logró la adhesión inmediata de la mayoría del movimiento obrero. Lo cierto es que después del *biennio rosso* se produjo un rapidísimo contragolpe reaccionario. Tras la guerra y la oleada insurreccional de 1919-1920, el sistema de compromisos políticos, económicos y culturales que había dotado de estabilidad al Estado italiano sencillamente dejó de ser operativo. Benito Mussolini supo aprovechar este momento de inestabilidad para ocupar una posición de centralidad política con su movimiento fascista, que rápidamente logró interpelar a un amplio grupo social. El fascismo nutrió sus cuadros con excombatientes deseosos de participar en un movimiento popular que se sentían traicionados por el antibelicismo de socialistas y populares. Pero también fue capaz de movilizar a las clases medias, atemorizadas por la posibilidad de una revolución socialista, protegiendo simultáneamente los intereses de las élites económicas y sociales. Sobre todo, el fascismo fue una respuesta autoritaria y reaccionaria al fracaso del *laissez faire*, a la convicción generalizada de que el capitalismo en su forma clásica había llegado a un callejón sin salida y era inevitable alguna clase de reestructuración.

En octubre de 1922 los fascistas organizaron la Marcha sobre Roma, una multitudinaria manifestación de camisas negras procedentes de todo el país que amenazaron con provocar una guerra civil. El rey Víctor Manuel III no quiso enfrentarse a ellos, y decidió nombrar primer ministro a Mussolini. Meses antes, en mayo,

Gramsci había viajado a Moscú en representación del partido ante la Internacional Comunista. Allí volvió a enfermar e ingresó en un sanatorio a las afueras de la ciudad donde conoció a Julia Schucht, una violinista con la que se casó en 1923. La tranquilidad familiar no duró mucho. Tras un breve paso por Viena, enviado por la Internacional para seguir más de cerca la situación italiana, Gramsci volvió a Italia. En abril de 1924, Mussolini convocó elecciones con el objeto de ratificar legalmente su posición. Gramsci fue elegido diputado y, gracias a la inmunidad parlamentaria, pudo instalarse en Roma.

Fue un año políticamente muy turbulento. Las agresiones fascistas se sucedían y los diputados de la oposición decidieron abandonar el Parlamento. Gramsci, que acababa de ser nombrado secretario general del PCdI, se mostraba relativamente optimista y creía que aún era posible poner en marcha una estrategia insurreccional antifascista. Entre tanto, nació en Moscú su primer hijo, Delio. Al año siguiente, en 1925, Julia y el niño se trasladaron a Roma, donde ya vivía Tatiana, la hermana de Julia. La convivencia fue de nuevo breve. En el verano de 1926 el deterioro de la situación política y la espiral de represión obligaron a Julia a volver a Moscú cuando esperaba un segundo hijo. Gramsci nunca volvió a ver a ninguno de ellos. En noviembre fue detenido a pesar de su inmunidad parlamentaria.

Tras un breve paso por una cárcel romana, Gramsci fue desterrado con otros dirigentes comunistas a Ustica, una remota isla siciliana. En enero de 1927 el gobierno lo traslada a Milán a la espera de juicio. Es entonces cuando empieza a pensar en el proyecto de elaborar una serie

de cuadernos de apuntes sobre diversos temas lingüísticos y culturales. En mayo se celebra su juicio en Roma. El tribunal lo condena a veinte años de cárcel, que comienza a cumplir en una prisión cerca de Bari. A principios de 1929 por fin obtiene permiso para escribir y empieza su primer «cuaderno». Durante los dos primeros años, la escritura de Gramsci es heterogénea y tentativa. Progresivamente va afinando su plan de trabajo y a partir de 1931 comienza una segunda etapa en la que escribe más sistemáticamente, revisando y ordenando apuntes anteriores. A partir de entonces su estado de salud empeora rápidamente. En 1935 el gobierno le concede la libertad condicional y autoriza su traslado bajo vigilancia a una clínica de Roma. En 1937, tras una amnistía, obtiene la plena libertad, pero fallece días después, el 27 de abril.

En la cárcel Gramsci tuvo ocasión por primera vez en su vida de escribir sistemáticamente y sin el apremio de la militancia, pero sus condiciones eran penosas. No solo su salud sino también su ánimo era deplorable: se vio apartado de sus compañeros de partido a causa de polémicas internas –en buena medida, por su juicio negativo del estalinismo– y le atormentaba la ausencia de noticias de su mujer y sus hijos. Sobre todo, contó con el apoyo de su cuñada Tatiana Schucht –que fue quien consiguió poner a salvo sus cuadernos de notas y enviarlos a Moscú– y la ayuda material del economista Piero Sraffa, que enseñaba en Cambridge y abrió una cuenta ilimitada en una librería de Milán para que dispusiera de los materiales bibliográficos que necesitara. Sin embargo, Gramsci no podía trabajar con libertad. En todo mo-

mento era vigilado por un censor, de modo que debía ser cuidadoso con los temas que escogía y a menudo se veía obligado a emplear circunloquios (como «filosofía de la praxis», o de la práctica, en vez de marxismo) y pseudónimos para los autores conflictivos. Esas limitaciones alimentaron algunos pasajes de historia comparada muy sugerentes: como Gramsci no podía escribir directamente sobre el régimen fascista, buscaba analogías con la Revolución francesa, el *Risorgimento* italiano o el desarrollo industrial de Estados Unidos. Lo cierto es que, a pesar de todas las dificultades, a lo largo de casi una década llegó a completar treinta y tres cuadernos, unas tres mil páginas fragmentarias e incompletas que han fascinado, inspirado y confundido a los intérpretes desde entonces.

Idealismo y bloque histórico

La extrema atomización de la obra gramsciana no es el reflejo de un eclecticismo conceptual. Ocurre más bien al contrario. Por lo que toca a su perspectiva filosófica general, Gramsci fue muy coherente a lo largo de toda su vida. Su posición teórica es, básicamente, un idealismo mitigado y filtrado por la investigación empírica: un término medio entre el idealismo especulativo –que ve la historia como una obra de arte creada por unos pocos individuos geniales– y el mecanicismo positivista o «economicista», que entiende la historia como un tejemaneje entre grandes estructuras impersonales. Ese es el fundamento de la apertura a las corrientes sociológicas herme-

néuticas que introdujo dentro del materialismo histórico y de su sensibilidad a las dimensiones culturales, políticas, religiosas y, en general, superestructurales de la vida social. Es un movimiento teórico afín al que, en esa misma época, realizó Georg Lukács a partir de la obra de Max Weber y es muy característico del marxismo posterior a la Revolución rusa, en el que la interpretación de la conciencia revolucionaria ocupa un lugar central.

Gramsci entendió que el materialismo histórico es compatible —o al menos no es contradictorio— con una versión no espiritualista del idealismo. En realidad, el planteamiento de Hegel no exige postular la existencia de alguna clase de entidad supramaterial más allá de la actividad psíquica humana. El Espíritu hegeliano no es más que la racionalidad humana, que se expresa a través de la organización de la materialidad física o psíquica: una carretera, una fórmula matemática, una novela o un partido político... Lo que plantea el idealismo es que esa subjetividad compartida posee alguna autonomía, en el sentido de que es una fuente de creatividad y dinamismo histórico que no queda explicada reduciéndola a los objetos o los procesos en los que se manifiesta.

Por supuesto, el problema entonces es esclarecer la relación entre esa potencia subjetiva y el paisaje material sobre el que interviene. Es un dilema filosófico extenuante que siempre resulta tentador zanjar en falso mediante un dispositivo especulativo. Así, muchos marxistas han pensado que el problema quedaba resuelto apelando a alguna clase de lógica dialéctica. La solución gramsciana es mucho más sencilla y eficaz: consiste en un giro empírico. Gramsci se dio cuenta de que en la investigación histórica concreta la

aporía quedaba, más que resuelta, disuelta. La tensión causal entre la estructura y la superestructura desaparece –o al menos queda muy mitigada– en los estudios empíricos, donde lo que se observa es más bien un continuo de distintas temporalidades o, en palabras de Gramsci, «correlaciones de fuerzas»: algunos procesos, como el desarrollo de las fuerzas productivas, son más lentos e inerciales y otros, como los fenómenos ideológico-políticos, más rápidos y explosivos. Por eso, Gramsci llama «bloque histórico» a la unidad de estructura y superestructura. Desde su perspectiva, la tarea del marxismo no es tanto elaborar una concepción general de la causalidad histórica –si es que algo así tiene el menor sentido– sino estudiar la forma en que distintos elementos sociales conflictivos, algunos más frágiles y otros más duraderos, se articulan de forma contingente para dar solidez a un macizo social en particular.

Junto a la dinamicidad de los aspectos subjetivos de la vida social, un segundo rasgo que Gramsci hereda del idealismo es un historicismo pronunciado incluso para los estándares marxistas. Gramsci no solo entendía la historia humana como un avance paulatino en racionalidad, sino que creía que en algunos procesos sociales se podían detectar las semillas de las que emergiera orgánicamente –otro de sus conceptos fetiche– una configuración histórica más avanzada. En la alienación de la sociedad de masas veía el auspicio de una nueva forma de libertad individual y progreso intelectual. En las formas de vida obreras brotaban prefiguraciones tentativas de la sociedad comunista. Incluso algunas de las expresiones más negativas de la sociedad capitalista estaban preñadas de positividad: el control puritano de la vida privada

característico del fordismo suponía una ruptura del orden moral tradicional que podía ser reformulada en términos de una nueva eticidad emancipada.

Ideología, hegemonía y sociedad civil

Esta idea de la potencia de la negatividad está muy presente en el análisis gramsciano de la ideología y otros conceptos cercanos –como «hegemonía» y «sentido común»–, que constituye su aportación más importante y original a las ciencias sociales. Para el marxismo clásico la ideología era, muy groseramente resumido, falsa conciencia: un conjunto de dogmas heredados del pasado que debían ser rebatidos a través de la crítica racional. Gramsci se preguntó, en cambio, por la posibilidad de que la reforma moral surgiera no contra sino a partir de esas visiones del mundo cotidianas. Desde esta perspectiva, el sentido común no es pura falsedad, sino una forma de conocimiento precario y tentativo que nos proporciona alguna orientación pragmática.

Para Gramsci, la subordinación ideológica de la clase trabajadora no es el resultado del adoctrinamiento exitoso por parte de la burguesía; consiste más bien en un estado de parálisis que surge de la coexistencia en la conciencia obrera de elementos procedentes de concepciones del mundo socialistas y burguesas. Pero eso significa también que las visiones del mundo ingenuas no son masas inertes e invariables; están atravesadas por tensiones y contradicciones, es decir, por un dinamismo que puede dar lugar a un movimiento de autocritica. Así, la reforma moral se-

ría un proceso de autoexpresión orgánica de las clases populares, no una concesión paternalista de las élites culturales. El desarrollo de la conciencia de clase es una elaboración racional del apoyo mutuo inmanente a las formas de vida de los trabajadores en el transcurso de luchas políticas que sacan a la luz el conflicto entre capital y trabajo.

Sobre todo, Gramsci subraya el modo en que la ideología y el sentido común tienen dimensiones sociales complejas. No son meros repertorios de ideas falaces que reflejan automáticamente los intereses materiales de las clases dominantes y que colonizan como un virus la mente de los subalternos. Están engranados en las formas de vida, en los sistemas de solidaridades, intereses y dependencias de grupos sociales heterogéneos. Ese es el sentido de la «hegemonía», un concepto que Gramsci recogió tanto de los debates de los revolucionarios rusos como de sus estudios lingüísticos.

La idea de hegemonía hace referencia al modo en que una clase social es capaz de convertirse en un grupo dirigente mediante una combinación de liderazgo ideológico, coerción y movilización de intereses compartidos que da lugar al consentimiento de los subordinados. Las estructuras culturales y simbólicas –como la religión o las ideas políticas– no están exactamente en la cabeza de la gente: son normas, compromisos y pasiones que impregnan las instituciones de la vida social. Gramsci recupera el concepto de «sociedad civil» –que tiene una larga historia filosófica– precisamente para designar ese espacio que no se reduce ni a las estructuras coercitivas del Estado ni a la pura subjetividad, donde los grupos sociales organizan el consentimiento y la hegemonía, y donde puede surgir una contrahegemonía emancipadora